

## **APUNTE**

- **Galileo Galilei y lectura bíblica**
- **Decreto contra Heliocentrismo (1616)**
- **Carta Cardenal Bellarmino (1615)**

Curso : EH27C-03, Ciencias Sociales  
Profesor ANDRÉS MONARES

Y de este género se percibe que son éstos que se las ingenian tratando de persuadir que se condene a tal autor, sin siquiera verlo; y para persuadir que esto no es solamente lícito, sino que está bien hecho, van aportando algunas autoridades de la Escritura, de teólogos sagrados y de los Concilios, los cuales así como son por mí reverenciados y respetados por su suprema autoridad, de forma que consideraría que sería suma temeridad la de aquel que quisiese contradecirlos mientras son utilizados conforme a las decisiones de la Santa Iglesia, así no creo que sea un error hablar, cuando hay razones para pensar que algunos quieran, por algún interés suyo, utilizarlas y servirse de ellas de distinta forma de aquello que es la santísima intención de la Santa Iglesia. Por ello declaro solemnemente (y creo también que mi sinceridad se hará por sí misma manifiesta) que yo tengo la intención no solamente de estar dispuesto a rechazar libremente aquellos errores en los que por mi ignorancia pudiese en esta carta incurrir en materias concernientes a la religión, sino que también declaro no querer en las mismas materias litigar con nadie, aunque fuesen puntos discutibles, porque mi fin no tiende a otra cosa, sino a que, si en estas consideraciones, alejadas de mi profesión propia, entre los errores que pudiesen contener, existe alguna cosa apta para despertar en otros alguna observación útil para la Santa Iglesia, a propósito de la decisión sobre el sistema copernicano, se tome y se haga uso de la misma como parezca a los superiores; si no, que sea rota y quemada mi carta, que yo no busco o pretendo sacar fruto alguno que no sea piadoso y católico. Y además, aunque muchas de las cosas que hago notar las he escuchado con mis propios oídos, libremente admito y concedo a quien las ha dicho que no las haya dicho, si así le place, confesando que es posible que yo haya entendido mal, y, por tanto, todo aquello a lo que yo replico no fue dicho por ellos sino por quien tuviese aquella opinión.

El motivo, pues, que ellos aducen para condenar la teoría del movimiento de la Tierra, y la inmovilidad del Sol, es que, leyéndose en las Sagradas Escrituras en muchos pasajes, que el Sol se mueve y que la Tierra está quieta, no pudiendo jamás la Escritura mentir o equivocarse, necesariamente se sigue que es errónea y condenable la proposición de quien quiera afirmar que el Sol es por sí mismo inmóvil y móvil la Tierra.

→ Sol inmovil

Sobre este razonamiento me parece ante todo digno de tenerse en cuenta, que está santísimamente dicho y prudentísimamente establecido que no puede jamás mentir la Sagrada Escritura, siempre que se haya comprendido su verdadero espíritu, el cual no creo que pueda negarse que está muchas veces oculto y que es muy distinto de lo que dice el puro significado de las palabras. De lo que se sigue, que si alguna vez alguno, al interpretarla, quisiese atenerse siempre al estricto sentido literal, podría, equivocándose en eso, hacer aparecer en las Escrituras no sólo contradicciones y proposiciones alejadas de la verdad, sino graves herejías e incluso blasfemias, pues sería necesario atribuir a Dios pies, manos y ojos, y también, sentimientos corporales y humanos, como de ira, de arrepentimiento, de odio, y también alguna vez el olvido de las cosas pasadas y la ignorancia de las futuras. Tales proposiciones, inspiradas por el Espíritu Santo, así como fueron dichas de esa forma por los escritores sagrados para acomodarse a la capacidad del pueblo llano bastante rudo e indisciplinado, así para aquellos que merecen ser separados de la plebe, es necesario que los sabios intérpretes obtengan sus verdaderos significados, y añadan las razones concretas por las que ellos fueron expuestos con tales palabras; y esta doctrina es tan trillada y detallada por todos los teólogos, que sería superfluo el dar razón de ella.

De aquí me parece que se puede deducir bastante razonablemente, que la misma Sagrada Escritura, aunque alguna vez ha ocurrido que tratara alguna conclusión natural, y sobre todo de las más oscuras y difíciles de entender, no ha olvidado esta advertencia para no añadir confusión en las mentes de aquel mismo pueblo y hacerlo más contumaz contra los dogmas del más alto misterio. Porque si, como se ha dicho y claramente se ve, por la sola razón de acomodarse a la capacidad popular, no haya evitado la Escritura ocultar verdades fundamentales, atribuyendo hasta al mismo Dios cualidades lejanísimas y contrarias a su esencia, ¿quién querrá seriamente sostener que esa misma Escritura, dejando de lado tal consideración, al hablar también incidentalmente de la Tierra, del agua, del Sol o de otra criatura, haya elegido el mantenerse con todo rigor dentro de los puros y restringidos significados de las palabras?, y sobre todo al enunciar cosas de esas criaturas para nada concernientes a la finalidad primaria de las mismas Sagradas Escrituras,

esto es, al culto divino y a la salvación de las almas, y cosas muy alejadas del interés del pueblo llano.

En vista, pues, de esto, me parece que en las discusiones de los problemas naturales no se debería comenzar por la autoridad de textos de la Escritura, sino por las experiencias sensibles y por las demostraciones necesarias, porque procediendo de igual modo del Verbo divino la Sagrada Escritura y la naturaleza, aquella en cuanto inspirada por el Espíritu Santo, y ésta como ejecutora fidelísima de las órdenes de Dios; y habiendo convenido además que las Escrituras, para acomodarse a las posibilidades de comprensión de la mayoría dicen, aparentemente y si nos atenemos al significado literal de las palabras, muchas cosas distintas de la verdad absoluta; y, por el contrario, siendo la naturaleza inextinguible e inmutable, y sin que sobrebase jamás los límites de las leyes que le han sido impuestos, al no preocuparse para nada que sus ocultas razones y modos de obrar estén o no estén al alcance de la capacidad de los hombres, parece, pues, que aquello de los efectos naturales que o la experiencia sensible nos pone delante de los ojos, o en que concluyen las demostraciones necesarias, no puede de ninguna forma ser puesto en duda, y tampoco condenado, por citas de la Escritura que dijese aparentemente cosas distintas, ya que no todo dicho de la Escritura está ligado a obligaciones tan severas como lo está todo efecto de la naturaleza, ni se nos manifiesta Dios menos excelentemente en tales efectos que en las sagradas palabras de las Escrituras. Esto quiso tal vez decir Tertuliano<sup>10</sup> en aquellas palabras: «Nosotros defendemos que Dios debe ser conocido en primer lugar por la naturaleza, y después reconocido por la ciencia; por la naturaleza, a partir de las obras; por la ciencia, a partir de los discursos».

Pero no por esto quiero inferir, que no deba tenerse la máxima consideración de los pasajes de las Sagradas Escrituras; al contrario, cuando hayamos obtenido certeza de algunas conclusiones naturales, debemos servirnos de ellas como medios muy oportunos para la verdadera explicación de esas Escrituras, y para la búsqueda de aquellos sentidos que en ellas necesariamente se contienen, como certísimas y concordantes con las verdades demostradas. Considero por esto que la autoridad de las Sagradas Escrituras tiene la intención de persuadir principalmente a los hombres de aquellos artículos y proposiciones que, superando todo hu-

mano discurso, no pueden por otra ciencia ni por otro medio hacerse creíbles, más que por boca del mismo Espíritu Santo. Además, digo que también en aquellas proposiciones que no son *de Fide* la autoridad de las mismas Sagradas Escrituras debe ser antepuesta a la autoridad de las escrituras humanas, escritas no con método demostrativo, sino como simple narración o también con razones probables, y que esto debe considerarse tan conveniente y necesario, cuanto que la misma sabiduría supe- ra todo juicio y conjetura humanos. Pero que aquel mismo Dios que nos ha dotado de sentidos, de habla y de intelecto haya querido, poniendo el uso de éstos, darnos con algún otro medio las noticias que por ellos podemos obtener, de forma que también de aquellas conclusiones naturales que, o por las experiencias sensibles o por las necesarias demostraciones, son expuestas ante nuestros ojos y ante nuestro intelecto, debamos negar el sentido y la razón, no creo que sea necesario creerlo, y sobre todo en aquellas ciencias de las que tan sólo una mínima parte, y además en conclusiones dispersas, se puede leer en las Escrituras. Este es precisamente el caso de la astronomía, de la que se habla tan poco, que no se encuentran ni siquiera nombrados los planetas, excepto el Sol y la Luna, y una o dos veces solamente Venus, bajo el nombre de Lucifer. En cambio, si los escritores sagrados hubiesen tenido la intención de enseñar al pueblo las disposiciones y movimientos de los cuerpos celestes, y por consiguiente tuviéramos nosotros también que obtener tal conocimiento de las Sagradas Escrituras, no habrían a mi modo de ver tratado tan poco de ellos, que es como nada en comparación de las infinitas conclusiones dignas de admiración que en tal ciencia se contienen y demuestran. Incluso, que no solamente los autores de las Sagradas Escrituras no hayan pretendido enseñarnos las constituciones y movimientos de los cielos y de las estrellas, y sus figuras, grandezas y distancias, sino que a propósito, aunque a ellos todas estas cosas les fuesen muy conocidas, se abstuvieron de hacerlo, es opinión de santísimos y doctísimos Padres. En San Agustín<sup>11</sup> se leen las siguientes palabras: «También se suele preguntar cuál debe creerse que es la forma y figura del cielo, de acuerdo con la Sagrada Escritura, pues muchos discuten acaloradamente sobre estas cosas que por prudencia nuestros escritores sagrados omitieron, porque no iban a servir a los estudiosos para llevar una vida feliz y —lo que es peor— ocupaban mucho tiempo y ener-

muy distinto del comparar dos cuerpos, ambos consistentes por sí mismos e igualmente dispuestos al movimiento o a la inmovilidad, de forma que sería mejor el comparar dos naves entre sí, de las que de todos modos nos parecería siempre inmóvil aquella en la que estuviésemos nosotros, siempre que no pudiésemos establecer otra relación por la que existe entre esas dos naves.

Hay, pues, una necesidad grandísima de corregir el error acerca de la apariencia de si la Tierra o más bien el Sol se mueven, siendo evidente que uno estuviere en la Luna o en cualquier otro planeta, siempre le parecería que está inmóvil y que son las otras estrellas las que se mueven. Pero estas otras muchas semejantes razones de los seguidores de la opinión común, son las que se deben rechazar de forma absolutamente clara, antes de pretender ser oídos y no digamos aprobados. Está lejos de la realidad que no hayamos tenido la más mínima consideración para cuanto se ha alegado en contra; además de que ni Copérnico ni sus seguidores se sirvieron nunca de esta apariencia, tomada de la playa y de la barca, para probar que la Tierra esté en movimiento e inmóvil el Sol, tan sólo citaron como un ejemplo que sirve no para demostrar la verdad de su posición, sino que no es absurdo que pueda parecerlos, cuando se trata de una simple apariencia de los sentidos, que la Tierra está inmóvil y que el Sol se mueve, aunque realmente fuese lo contrario. Si ésta fuese la demostración de Copérnico, o si las otras no concluyesen con mayor eficacia, creo sinceramente que nadie le alabaría<sup>10</sup>.

*Andrés González*

## Apéndice I DECRETO DE 5 DE MARZO DE 1616

Decreto de la Sagrada Congregación de los Ilustrísimos S. R. E. Cardenales, particularmente delegados por S. D. N. el Papa Pablo V y por la Santa Sede Apostólica para el Índice de los libros, y para su permiso, prohibición, corrección e impresión en la universal República Cristiana, para que sea publicado en todas partes.

Ya hace algún tiempo salieron a la luz, algunos libros que contienen diversas herejías y errores, por ello, la Sagrada Congregación de los Ilustrísimos S. R. E. Cardenales delegados para el Índice, para que día a día no se produzcan perjuicios en toda la República Cristiana a causa de una lectura más profunda de estos libros, ha querido que sean totalmente condenados y prohibidos. De la misma manera por el presente Decreto condena y prohíbe absolutamente que estén impresos o vayan a estarlo en cualquier idioma y lugar, ordenando a continuación que nadie, sea cual sea su grado y condición, y bajo las penas contenidas en el Sagrado Concilio de Trento y en el Índice de los libros prohibidos, se atreva a imprimirlos o se preocupe de su impresión, o los tenga de alguna manera en su casa o los lea. Y bajo estas mismas penas, las de los Ordinarios del lugar o las de los Inquisidores, cualquiera que los tenga ahora en casa o vaya a tenerlos en el futuro, ha de mostrarlos en cuanto tenga conocimiento del presente Decreto.

Los libros están citados en la parte inferior, a saber...

Y también llegó a conocimiento de dicha Sagrada Congregación que aquella falsa doctrina pitagórica, contraria totalmente a la Divina Escritura, sobre el movimiento de la Tierra y la inmovilidad del Sol, que enseña Nicolás Copérnico en su libro, «De las revoluciones de los orbes celestes» y Diego de Zúñiga en su «Comentario sobre Job», ya ha-

bía sido divulgada y aceptada por muchos; lo mismo se puede ver a partir de cierta carta impresa de un Padre Carmelita, cuyo título es: «Carta de R. Padre Carmelita Maestro Pablo A. Foscarini, sobre la opinión de los pitagóricos y de Copérnico acerca del movimiento de la Tierra y de la inmovilidad del Sol, y el nuevo sistema pitagórico del Mundo», Nápoles, editado por Lázaro Scorigio, 1615; en ésta, el citado Padre se esfuerza en demostrar que la doctrina antes mencionada sobre la inmovilidad del Sol en el centro del Mundo y el movimiento de la Tierra, está de acuerdo con la verdad y no es contraria a la Sagrada Escritura; por ello, para que de este modo, no se extienda poco a poco una ulterior opinión en perjuicio de la verdad católica, la Sagrada Congregación ha decretado que las citadas «Sobre la revolución de los orbes celestes», de Nicolás Copérnico, y el «Comentario sobre Job», de Diego Zúñiga, han de ser suspendidas mientras se corrigen. Pero el libro del Padre Carmelita Pablo Antonio Foscarini ha de ser totalmente prohibido y condenado; el resto de los libros que enseñan similares doctrinas han de ser prohibidos. La Sagrada Congregación por el presente Decreto, suspende, condena y prohíbe todos respectivamente. En fe de esto, el presente Decreto ha sido provisto de sello y firmado por la mano del ilustrísimo y Reverendísimo D. Cardenal de S. Cecilia, Obispo Albanense, en el día 5 de marzo de 1616.

P., Obispo Albanense, Cardenal de S. Cecilia  
F. Francisco Magdaleno Capiferreo.  
Ord. Predicadores, Secretario.

## Apéndice II

CARTA DEL CARDENAL ROBERTO BELLARMINO A  
PAOLO ANTONIO FOSCARINI,

Al Muy Reverendo Padre P. A. Foscarini

Provincial de los Carmelitas de la Provincia de Calabria

*Roma, 12 de abril de 1615*

### *Muy Reverendo Padre mío*

He leído con gusto la carta italiana y el escrito latino que Vuestra Paternidad me ha enviado; le agradezco la una y la otra, y confieso que están ambas llenas de ingenio y de conocimiento. Pero puesto que me pide mi parecer, lo haré con mucha brevedad, porque usted tiene poco tiempo para leer y yo poco tiempo para escribir.

Primero. Digo que me parece que V. P. y el señor Galileo obran prudentemente al contentarse con hablar hipotéticamente («ex suppositione») y no absolutamente, como yo siempre he creído que había habido Copérnico. Pues decir que supuesto que la Tierra se mueve y que el Sol está inmovil, se salvan mejor todas las apariencias que suponiendo las excéntricas y los epiciclos, está muy bien dicho, y no supone peligro alguno; y esto le basta al matemático. Pero querer afirmar que el Sol está ubicado realmente en el centro del mundo y sólo gira sobre sí mismo sin correr de oriente a occidente, y que la Tierra está en el tercer cielo y gira con suma velocidad en torno al Sol, es cosa que encierra el peligro no sólo de irritar a todos los filósofos y teólogos escolásticos, sino también de dañar a la Santa Fe, al hacer falsas las Sagradas Escrituras, porque V. P. ha hecho ver que hay muchas formas de exponer las Sagradas Escrituras, pero no las ha aplicado en particular, pues, sin duda, habría encontrado grandísimas dificultades si hubiese intentado explicar todos aquellos pasajes que usted mismo ha citado.

Segundo. Digo que, como usted sabe, el Concilio prohíbe explicar las Escrituras contra el consenso común de los Santos Padres; y si V. P. quisiera leer no solamente los Santos Padres, sino también los comentarios modernos sobre el Génesis, sobre los Salmos, sobre el Eclesiastés y sobre Josué, advertirá que todos están de acuerdo en explicar literalmente («ad literam») que el Sol está en el cielo y gira a gran velocidad en torno a la Tierra, y que la Tierra está muy alejada del cielo y está inmóvil en el centro del mundo. Considere ahora usted, con su prudencia, si la Iglesia puede resignarse a que se dé un sentido contrario al que los Santos Padres y a todos los comentaristas griegos y latinos. Y no se puede responder que esto no es materia de fe, porque si no es materia de fe «ex parte obiecti», es materia de fe «ex parte dicentis»; y así sería herético el que afirmase que Abraham no tuvo dos hijos y Jacob doce, como quien dijese que Cristo no nació de una virgen, porque lo uno y lo otro lo dice el Espíritu Santo por boca de los Profetas y de los Apóstoles.

Tercero. Digo que si hubiera una verdadera demostración de que el Sol está ubicado en el centro del mundo y la Tierra en el tercer cielo, y que el Sol no gira en torno a la Tierra, sino que la Tierra gira en torno al Sol, entonces sería necesario ir con mucho cuidado al explicar las Escrituras que parecen contrarias, y decir más bien que no las entendimos, que decir que es falso lo que se demuestra. Pero no creeré que se dé tal demostración, hasta que no me sea presentada. No es lo mismo demostrar que, supuesto que el Sol esté en el centro y la Tierra en el cielo se salvan las apariencias, que demostrar que verdaderamente el Sol esté en el centro y la Tierra en el cielo. Creo que la primera demostración puede darse, pero de la segundo tengo muy serias dudas, y en caso de duda no se debe dejar la Sagrada Escritura, tal como ha sido explicada por los Santos Padres. Añado que aquel que escribió: «Sale el Sol y se pone y retorna a su lugar» etc. («Oritur Sol et occidit et ad locum suum revertitur»), fue Salomón, el cual no solamente habló inspirado por Dios, sino que fue un hombre sobre todos los demás sapientísimo y doctísimo en las ciencias humanas y en el conocimiento de las cosas creadas, y toda esta sabiduría la obtuvo de Dios, por lo que no es verosímil que afirmarse una cosa contraria a la verdad demostrada o que se podía demostrar. Y si se me dice que Salomón habla según la apa-

riencia, que es que a nosotros nos parece que el Sol gira, mientras que en realidad es la Tierra la que gira, de la misma forma que a quien se aleja de la playa le parece que la playa se aleja de la nave, responderé que quien se aleja de la playa sabe muy bien que le parece que la playa se aleja de él, no obstante sabe que eso es un error y lo corrige, viendo claramente que es la nave la que se mueve y no la playa; pero en cuanto al Sol y la Tierra, no hay ningún experto que tenga necesidad de corregir el error, porque claramente experimenta que la Tierra está inmóvil y que el ojo no se engaña cuando juzga que el Sol se mueve, como también no se engaña cuando juzga que la Luna y las estrellas se mueven. Y esto basta por ahora.

Saludo afectuosamente a V. P., y le pido a Dios que le dé toda clase de felicidad.

12 de abril de 1615, de V. P. muy R.,  
como hermano el Card. Bellarmino.